

¡Vaya, que sí se enteran!

Lamentábame yo en la pasada columna sobre lo terrible que resulta en nuestras modernas sociedades la inmolación martirial por su (poca) efectividad como protesta política, sí, política, y también social. Pero ahora, con una segunda víctima de suicidio por los desahucios, ya empiezan a moverse las entidades bancarias. La primavera árabe tuvo ese tipo de elementos en su origen y sí que ha dado lugar a cambios... ¿Debemos esperar a que unos cuantos empobrecidos más se quiten la vida como expresión de no aceptación de este injusto sistema financiero que gobierna nuestra fallida democracia? Llegados a ese punto crearemos una nueva figura digna de estudios estadísticos que normalice su última actividad entre los vivos: el suicidio. No faltarán proyectos de investigación que se lo procuren. Lamentablemente, las inmoluciones martiriales siempre están en el origen de las revoluciones; pero aún siendo necesarias, no son suficientes. Lo que es suficiente es que (el resto de) la ciudadanía recoja el testigo de las demandas. O sea, que ante el escándalo de dejar en la calle a personas que terminan por quitarse la vida, es imprescindible llamar por su nombre a los “responsables”: en las fachadas de las entidades bancarias de Baracaldo han aparecido carteles llamando “asesino/hiltzaile” a la persona a quien se le dirige el mensaje en cada caso; en las dos lenguas, para que no tengan problema de entendimiento de lo que se quiere decir.

Aunque sea para sacarse la foto, los dos partidos estatales con opciones de gobierno –esta parte de la frase no es la primera vez que se escribe en un periódico, pero nuestro bipartidismo estatal se lo merece- están manteniendo conversaciones a fin de adecuar a la realidad una legislación que está descaradamente decantada por la parte del poderoso, la banca –que siempre gana, hasta cuando “juega”-. Bienvenida sea esta nueva dinámica. Sobre todo, por la memoria de Domingo y de Amaia, esperando que no sean necesarios más sacrificios humanos. En cualquier caso, lo que una vez más se pone de manifiesto es que todavía el ser humano se encuentra en el estadio en el que lo que realmente funciona es la coacción, la amenaza. Y nunca faltará quien se haga preguntas retóricas cuyas respuestas justifiquen el que “algo mal habrá hecho cuando tiene esa desgracia”: es la versión civil y actualizada del juicio veterotestamentario que explicaba cada error de la naturaleza en el pecado de los antepasados. ¿Dónde queda aquí la evolución? Queda claro que el Mercado es un dios castigador, que exige sacrificios y no piensa en enviarnos a ningún mesías salvador.

Fecha: 13/11/12

Enrique de Amo
Profesor Titular de Análisis Matemático de la UAL